

ESPAÑA PINTORESCA.



Orense - Sepulcro Obispo de Orense - Alonso

Sepulcro de D. Francisco Alonso, obispo de Orense.

ORENSE.

ARTICULO SEGUNDO.



ENTRE los muchos sepuleros que existen tambien abiertos en las paredes de la susodicha catedral, prescindiendo del ejecutado recientemente en Roma por el señor Solá, donde yacen los respetables restos del Cardenal D. Pedro Quevedo y Quintano, obispo que

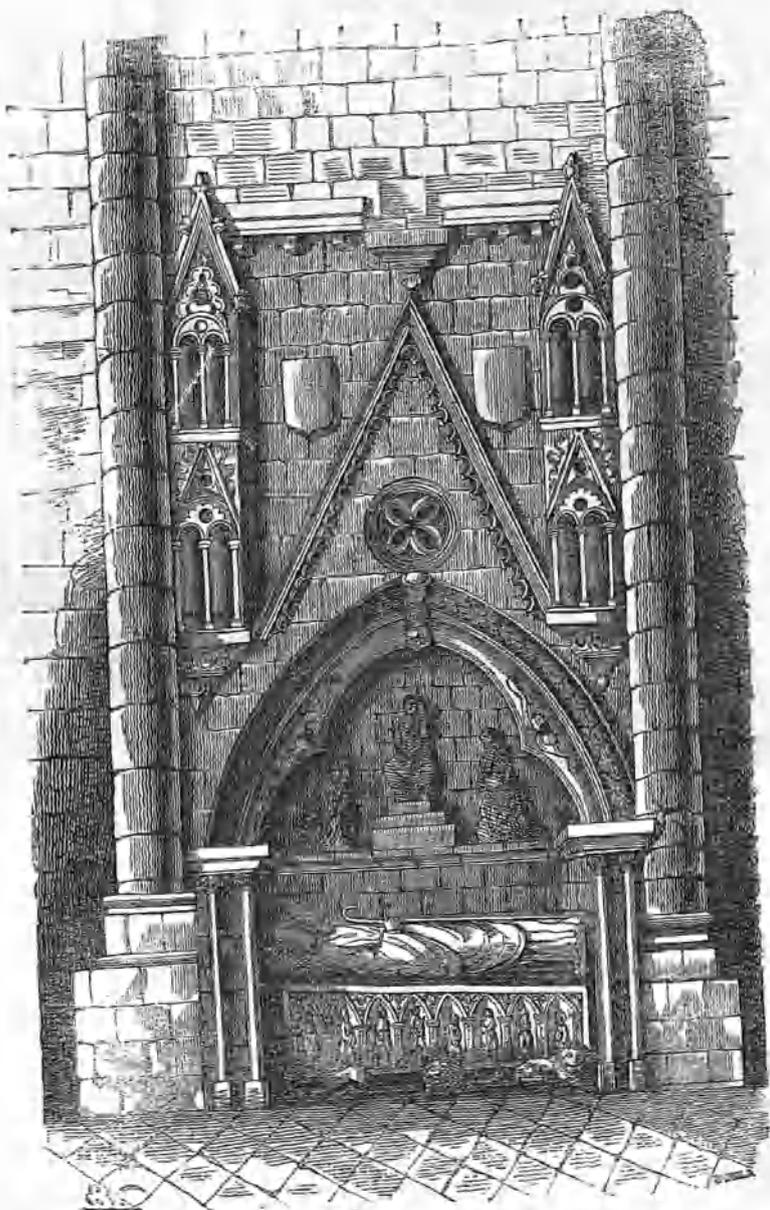
fué de esta diócesis; es curioso sobremanera otro que enfrenta con aquel, y estan uno y otro á ambos lados del altar mayor: contiene las cenizas de D. Francisco Alonso, cuyo pontificado fué tan tormentoso, que algunos caballeros principales se conjuraron contra él, é

introduciendo gente de armas, tumultuaron la ciudad y le forzaron á encerrarse en la catedral, donde le tuvieron sitiado algun tiempo: sosegado el alboroto insistió el prelado en vindicar sus derechos, y exasperados sus contrarios, concibieron el proyecto de matarlo, y lo verificaron yendo de visita el obispo á una legua de Orense; pues pasando á orillas del rio Miño, por un sitio bastante peligroso, llamado el pozo Maimon, le precipitaron al fondo de aquel abismo con la mula en que cabalgaba, por los años de 1419: su cadáver apareció pocos dias despues no lejos del sitio donde tuvo lugar su trájico fin, de donde lo recogió el cabildo, mandando erigir para eterna memoria del infausto suceso, el sepulcro de piedra, cuya forma, profusion de figuras, mal desempeño de ellas, y extraño

significado del mayor número, hacen tamaño contraste con el sencillo á la par que elegante panteon de Quevedo.

Tambien no deja de ser notable el que contiene los despojos mortales de D. Vasco Perez de Mariño que dejó de existir en 1545: era dean cuando le eligieron

para la silla episcopal de Orense, acaso por influencia de los condes de Lemos con quien estaba emparentado; legó al cabildo sus villas de Finisterre, Duio y Truio, y de la primera trajo la divotissima imágen del Santísimo Cristo, habiéndole edificado una capilla en la catedral, donde ordenó que le sepultasen; mas co-



Sepulcro de D. Vasco Perez Mariño.

mo se construyó despues la suntuosa en que hoy se venera aquella efigie, quedó el sepulcro al frente de ella en el crucero.

Llama asimismo la atencion por su moderna arquitectura, el titulado colegio de San Fernando fundado por los jesuitas pocos años antes de su espulsion.

En el de 1770, se destinó el templo para parroquia con la advocacion de Santa Eufemia la Real; y en las demas oficinas de la casa se planteó el seminario conciliar que hoy existe. Su fachada aunque inconclusa, así como el cuerpo principal de la iglesia, es de orden compuesto, y lo existente de este suntuoso edificio, re-

vela bien el prestigio y poderio que gozaron un día los discípulos de San Ignacio de Loyola. En los varios departamentos de su espacioso local, estan establecidas las cátedras del instituto de segunda enseñanza de la provincia, donde hay tambien una copiosa librería que que consta de mas de 6000 volúmenes, sin incluir en este número los duplicados que acaso pasan de 5000, entre los cuales abundan selectas obras y ediciones pintorescas de lujo, como el Herculano, Montañon, Españoles ilustres, biblias ilustradas y mil otras producciones así antiguas como modernas, relativas á todos los diferentes ramos del humano saber de autores sagrados y profanos y en idiomas varios. El no escaso museo de pinturas (místicas la mayor parte, por razon de su procedencia), donde lucen los pinceles de Velazquez, Herrera, Maella, Ribera, Coello, Morales, Madrazo, Lopez, Blanco, Amodeo y otros autores no conocidos de la escuela española con cinco de la italiana, entre ellos uno de Corregio y otro de L. Vinci, amen de algunos pertenecientes á la alemana de A. Durero, es tambien un blason para la provincia, y ambos establecimientos hacen honor á los sujetos celosos que arrostrando insuperables obstáculos, promovieron su ereccion, con tanto mas motivo, quanto que solo existian los despojos de varios conventos saqueados lastimosamente por los vándalos de este siglo.

Santa Maria la madre, que ha sido la primitiva iglesia catedral de Orense, no conserva hoy nada de su antigua fábrica, y aun que carece de mérito, es algo notable su fachada de orden corintio; tiene tres órdenes de columnas y las cuatro superiores, incluso los capiteles que son de jaspe del país, son de una sola pieza. El caduceo palacio episcopal que esta contiguo á dicha iglesia, no tiene asimismo cosa que llame la atencion del artista mas que su pobre fachada hecha en el año de 1727, con posterioridad al cuerpo principal del edificio, en la cual hay un grande y bien cincelado escudo de armas en que se vé únicamente por blason, amen del sombrero y borlas clericales, con mas una porcion de adornos y follajes, un ciervo bebiendo en una fuente.

El convento de San Francisco, habilitado hoy para cuartel de infantería; edificado en una elevacion que permite divisar la ciudad á vista de pájaro, nada tiene tampoco de notable ni digno de describirse aunque es de orden gótico: la mayor parte de su huerta se destinó para cementerio público, á pesar de su irregular forma, y en él hay varios nichos de moderna construccion pero pobre fábrica, con algun otro de bastante gusto, si bien no tan suntuosos como eran los sepulcros de nuestros antepasados tan afectos á honrar las cenizas de los que dejaban de ser, perpetuando así la memoria de ellos. El templo principal y capilla de la venerable orden tercera, son regulares en su linea por el mérito de algunos retablos é imágenes; á la par que hay otras, cuya deformidad ridiculiza hasta tal punto los objetos sagrados que representan, que al mirarlos desaparece forzosamente la devocion y respeto que en otro caso escitarian: en cambio posea dicho convento en sus claustros, una selecta coleccion de buenos lienzos al óleo, alusivos á varios pasajes de la vida del patriarca San Francisco, los que fueron trasladados al museo de pinturas de la provincia, librándolos así de la total ruina que los amenazaba en la sacristía, donde yacian hacinados.

La cárcel pública fué construida de nueva planta poco tiempo há, fuera del centro de la poblacion, en un solar oportuno; y es sensible no esté terminada la parte superior y fachada de este espacioso y seguro á la vez que hermoso edificio; no así sucede con el hospital civil y militar de antigua fundacion, el cual está situado malamente en la misma entrada de la poblacion, hallándose contiguo á la alameda ó pascu público: y si bien hay otros locales mas espaciosos y mejor situados, donde puede respirarse un ambiente mas puro, no desisten empero los elegantes de concurrir á él los dias festivos para lucir sus galas, sin que les arredre ni la mezquindad del sitio, ni los miasmas nada salubres que continuamente exhala aquel asilo de la humanidad doliente.

Hé aqui descritos con la concision y rapidez posibles cada uno de los objetos artisticos mas notables, que existen en esta capital de provincia, escasa en verdad de esas góticas, asombrosas y respetables crónicas de piedra, donde yace escrita la gloriosa historia de nuestras artes, con la memoria de los hechos de nuestros mas esclarecidos varones, cuyas preciosidades tanto abundan en otros puntos; solo nos resta la capilla contigua al ostentoso puente construido sobre el rio Miño, en la cual se venera una imágen de nuestra señora de los Remedios; pero la vista de este santuario, amen de la descripcion del *folion* ó fiesta nocturna de la víspera con las escenas incoherentes y estrañas que tienen lugar en el novenario, especialmente el día 8 de setiembre que es el de la principal funcion de iglesia, tales serán en suma los objetos que me habrán de suministrar abundante materia para otro artículo.

P. J. G. y C.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

D. FELIPE EL HEREMOSO.

Diferencias que hubo entre él y Don Fernando el Católico sobre la parte que cada uno habia de tener en el gobierno del reino.

(Conclusión.)

Suspenderemos la relacion cronológica de las intrigas de suegro y yerno para dar lugar á una ojeada sobre el estado de Castilla y sobre la fuerza moral y material con que cada uno contaba para apoyar sus pretensiones. Isabel habia entrado á reinar en un país desolado por la guerra civil, oprimido por una aristocracia tiránica y orgullosa, donde no tenia prestigio el trono ni observancia la ley; á su muerte dejaba al Rey su esposo por gobernador de una gran nacion en cuyo suelo florecian todas las artes útiles, prosperaba la agricultura, se desarrollaba la riqueza pública á la sombra de la paz y de la justicia, ven el cual hasta las ciencias y las bellas letras, abriéndose paso por entre el ruido de las armas, se habian adquirido muy insignes cultivadores. El trono brilló con nuevo y mas seguro esplendor cimentado en el amor de los pueblos que se acostumbraron á mirarle como un dique opuesto á la rapacidad de los grandes, cuyo poder feudal procuraba menguar la Reina por todos los medios, dando así el primer paso en aquella política

centralizadora que despues siguieron tan admirablemente Cisneros y Felipe II. El Rey Católico despues de la muerte de su esposa continuó enfrenándoles y no permitiéndoles que vejasen á los honrados pecheros que con sus sudores les mantenian en el fausto y en la holganza. Ellos que veian por un lado á un anciano rígido y poco liberal, y del otro á un jóven desprendido y que consentia en ser gobernado á trueque de que le dejaran entregado á sus placeres, no les fué dudosa la eleccion. Los cortesanos modales del Archiduque y su gallarda figura, coaldad muy importante, como dice Gibbon, para hacerse partido aunque lo contradigan los feos, pudieron haberle granjeado la benevolencia del pueblo que suele pagarse de esterioridades, pero destruian el buen efecto de tales ventajas, su calidad de extranjero y el desden con que antes habia mirado las cosas de España. Entre todos los grandes quien mas exageraba su celo por el Archiduque y su odio al Rey Católico, porque como se ha dicho les tenia reprimidos, eran el Marqués de Villena y los Duques de Najera y de Medinasidonia, especialmente este último que llegó á ofrecer al Austriaco dos mil caballos, ocho mil peones, y cienenta mil ducados para hacer la guerra al Rey D. Fernando: los tesoros que habian sido premio del heroismo con que Guzman habia cerrado las puertas de la patria á los extranjeros, los derramaba ahora su nieto para abrirelas. La mayor parte de los grandes y señores seguian muy activa correspondencia con D. Felipe, asegurándole siempre su adhesion y pidiéndole gracias á que él liberalmente accedia. Entre estas peticiones que son otros tantos testimonios de la mezquina ambicion de aquellos miserables, hay algunas tan peregrinas que no se sabe qué escita mas la indignacion si la vil codicia de los que pedian, ó la flaqueza é injusticia del que otorgaba. De los pocos que permanecieron fieles al Rey Católico fueron el Duque de Alva, el Marqués de Denia, y los Arzobispos de Santiago, de Sevilla y de Toledo, á los cuales no pudiendo atraerse con dádivas D. Felipe recurrió al Vaticano para que lanzara contra ellos sus rayos: la Santa Sede no dió oidos á tan ridicula pretension. El gran capitán no quiso declararse abiertamente por ninguno, desestimando las tentadoras promesas de los enemigos del Rey D. Fernando, que se brindaban á apoyarle si se alzaba con el reino de Nápoles.

En el mes de setiembre de dicho año de 1505 anunció el Archiduque una especie de manifiesto ó proclama revolucionaria, á todos los grandes, autoridades y cabildos, en la que despues de vituperar acerbamente la conducta de su suegro, les prevenia que *por ninguna vía ni manera* le reconociesen por gobernador, teniendo por nulas las provisiones que él hiciera de los oficios ó cargos públicos y las leyes que en su nombre se promulgasen. Dió este paso D. Felipe despedido por el casamiento del Rey y alentado con las noticias de sus embajadores y con los ofrecimientos de los grandes que le presentaban como muy llano al triunfo. Con esto se aumentó la insolencia de un partido y se exacerbó mas la ira del otro: ambos esperaban la venida del Archiduque como la señal de sacar la cuestion del terreno de las notas diplomáticas y llevarla á debatir al de las armas. Todavía los pocos que trabajaban por la conciliacion y la paz, pudieron hacer concebir esperanzas de que era posible una transacion. Para procurarla se avistó el Rey Católico en

Salamanca con los embajadores del Austriaco, que estaban habilitados por su gobierno con poderes especiales para este caso, y á 24 de noviembre se dió por concertada una concordia que en realidad no fué sino una tregua. Se asentaron como principales bases, que las provisiones y cartas Reales se encabezaran diciendo: Nos D. Fernando, D. Felipe y Doña Juana, y se refrendaran tambien en nombre de los tres; que las rentas se dividieran por iguales partes entre D. Fernando y D. Felipe; y por último los oficios pertenecientes á la corona se proveerian por ambos alternativamente. Ninguno quedó contento con este arreglo, á los dos pareció que habian concedido demasiado y así casual se propuso no observarlo sino en cuanto le abriese camino para destruir á su adversario.

Hicieronse á la vela para España la Reina y su marido el 10 de enero de 1506, en una armada de cincuenta naves henchidas de cortesanos y aventureros que venian atraidos por la fama de nuestra riqueza. Una terrible tempestad les llevó á las costas de Inglaterra, cuyo Rey Enrique exigió del Archiduque en recompensa de la hospitalidad que le ofrecia, le entregase al Duque de Suffolk que estaba emigrado en Flandes y cuyo delito era tener fundados derechos á aquella corona. El Archiduque accedió á tan villana demanda, y á los dos meses, reparadas las averias, pudo continuar su viaje. Traia intento de desembarcar por Andalucía para ponerse de acuerdo con el Duque de Medinasidonia su mas celoso servidor, pero el tiempo le fué contrario y tuvo que hacerlo por la Coruña. Aquí vinieron casi todos los grandes, los que no en persona por medio de diputados, á rendir homenaje al nuevo Rey que tanto les hablaba en sus cartas de *honrarlos y acrecentarlos*. El Rey Católico envió sucesivamente dos de sus mas allegados con achaque de felicitarle, pero á la verdad para que explorasen su ánimo acerca de las cuestiones pendientes y probasen á reducirle á una amistosa avenencia (1); pero el diestro Don Juan Manuel, que estaba apoderado de su voluntad, tenia tomados todos los caminos y ambos enviados tuvieron que volverse sin conseguir nada. Entonces el Católico se dirigió á su jerno pidiéndole una entrevista; D. Juan Manuel no se atrevió á negarla rotundamente, pero la dilataba con mal disimuladas tretas, temiendo que la astucia del uno triunfase de la debilidad del otro y para dar lugar á que se acabaran de reunir los grandes adictos á su Señor con sus respectivas fuerzas, y con su número amedrentar al Rey de Aragon. A este persuadian sus consejeros que dejase obrar al tiempo, pues que sobradó enemigo tenian los contrarios con sus mútuas rencillas y encontradas ambiciones; pero él que veia aclararse cada dia mas las filias de sus servidores, que los hombres y mas los cortesanos vuelven facilmente la espalda al sol que se pone para sonreir al que sale, no buscó ya sino un medio de salir de Castilla sin afrenta. Despues de largos altercados sobre el lugar en que habian de tenerse las vistas se convino en que fuera el Remesal, caserío cercano á la Puebla de Sanabria. Presentóse el Archiduque en este sitio el dia señalado (20 de junio) con un ejército de seis mil

(1) El primero de estos dos emisarios fué D. Ramon de Cardona, y se le preñó para esta mision á todos los demas caballeros porque le tenia el Rey D. Felipe mucho amor mediante cuando vino la primera vez le impuso á esbairar á la guerra. Padilla, Cron. del Rey D. Felipe, lib. 2.º cap. 8.

hombres dispuestos y pertrechos para combatir, y con grande aparato de escuderos y palaciegos. Contrastaba tan brillante séquito con el del Rey Fernando que se componía de sus criados y familiares que no ascendían á doscientos todos ínterms y montados en mulas. Por la sagacidad de Cisneros y á despecho de D. Juan Manuel, se recogieron solos los dos Reyes en la pequeña iglesia de dicha alquería, de donde salieron después de dos horas sin haber concluido nada. No omitiremos en esta ocasión una circunstancia que caracteriza cumplidamente á nuestro primer Felipe, y es que días antes le había estado ensayando su privado en los discursos y razones que debía tener en el suegro y hasta en el continente que había de guardar durante la entrevista.

Apresuraba el Rey Católico para que definitivamente se concluyera cualquier arreglo, aunque fuese á costa de su interés y decoro. Con la intervencion de terceros ó comisarios se dió al fin por ajustado un convenio, en el que por uno de sus artículos se obligaba á dejar espedito el gobierno de Castilla á su yerno, y por otro se declaraba á la Reina inhábil é incapaz de gobernar: cláusula contra que protestó el Rey su padre sin razon á la verdad pues que él había dado el ejemplo en las cortes de Toro (1). Vieronse por última vez los dos Reyes el 5 de julio en Benedito, aldea que dista legua y media de Tudela, en donde se despidieron con muestras de grande amor, tomando el

(1) No era tanto el extravío de razon que padecía la Reina como ponderaban los que querían ser sus tutores, así como tambien es equivocada la creencia que se tiene comunmente de su firme aversión á reinar, especie que nós duele haya sido acogida por autores respetables, entre ellos el P. Flores que se adelanta á decir en sus Reinas Católicas de España que Doña Juana «saborreica cuanto sonaba á reinar.» tom. 2.º pág. 334. Lo mas curioso es que esto lo suelen afirmar después de haber referido el enojo que tuvo al desembarcar en la Coruña por habérselo hecho los honores al mismo tiempo que á su marido y no primeramente á ella, como se debía por ser la propietaria.

De los muchos historiadores castellanos con que pudiéramos contradecir la opinion vulgar acerca de la absoluta incapacidad de Doña Juana, y de su exagerada repugnancia á la corona y á gozar de sus preeminencias, solo citaremos á dos de los mas notables.—Andrés Bernaldez en el capítulo 203 de su crónica de los Reyes Católicos dice así:

«E antes que allí llegasen á la Coruña des que fueron des- embarzados, había habido contienda entre marido é mujer sobre el regir é mandar de los reinos, que la Reina á sus parientes é quien bien la quería, querían que mandase é firmase juntamente con el Rey así como hacia la Reina Doña Isabel de gloriosa memoria con el Rey D. Fernando é el Rey D. Felipe á los del su con- sejo, é los que mucho se adelantaron á la recibir parece que consintieron... que la Reina no firmase: é viendo al Rey en aquella opinion de la cual lo debieran quitar, no lo quisieron contradecir porque algunos de ellos habían sido en lo poner en aquel sinie- stro... de donde no poca turbacion é enojo á la Reina se siguió.

B. L. de Argensola en el capítulo 20 del libro 4.º de sus auxles de Aragón, viene á corroborar nuestra opinion del modo siguiente:

«Cuando ella la Reina entendió que su hijo se llamaba Rey le sintió, no como impedida del discurso, sino con distinta cono- cimiento y la veces que alguno en su presencia le nombraba Rey, solía decir: yo sola soy la Reina, que mi hijo Carlos no es mas que Principe. Esta aprendió con tal eficacia, que cuando tardaban las nuevas de Flandes y en otras ocasiones, preguntaba por él diciendo: ¿Qué sabéis del Principe? y otras veces ¡qué sabéis de aquel? que tan celosa es la condiccion del reinar, que cual- quiera sospecha la inquieta, y como no sufre compañía siempre le teme.»

uno la vuelta de Aragón y el otro el camino de Va- lladolid, corte de sus nuevos estados (1).

Un trastorno general en la administracion anun- ció á Castilla la mutacion de soberano: los cargos pú- blicos fueron asaltados por una turba de extranjeros y hombres sediciosos é inmorales que no respetó ni aun á los antiguos y distinguidos servidores de la Rei- na Doña Isabel; hasta el ilustre conde de Tendilla fué destituido de la Capitania General de Andalucía para que entrara en ella el Duque de Medinasionia. Por fortuna la temprana muerte de Felipe estorbó que se acabaran de eclipsar para siempre el esplendor y la gloria de Cas- tilla; una calentura aguda le arrebató de entre sus juegos y placeres el día 25 de setiembre de 1506; sus cuantiosas donaciones y gracias mas escesivas aun que las llamadas Enriqueñas, fueron revocadas ó modifi- cadas á los pocos días por un decreto de la Reina.

La nueva de tan inesperado acontecimiento puso en combustion á todo el reino. Los grandes desasossegados y revueltos por satisfacer sus ambiciones, formaban proyectos insensatos y se aprestaban para la guerra. El pueblo abrumado con exacciones y vejado por los intrusos flamencos, clamaba por la vuelta de su Rey Católico, pensamiento que rechazaban los grandes temerosos de su justo resentimiento: en fin, todo presagiaba males y desastres. Los unos atendian á salvar su vida en la emigracion, los otros á saciar su codicia en el desorden, ninguno á conjurar la deshecha tempestad que amenazaba. De entre tanta zozobra y confusion surgió para salvar por primera vez á su patria, aquel hombre extraordinario que había sacado Isabel del os- curo retiro de una celda. Cisneros haciéndose órgano de la opinion popular escribió al Rey Católico desagraviándole de las pasadas ofensas y rogándole viniese otra vez á encargarse del timon del estado. Un año después el orden y la justicia habían recobrado su imperio en Castilla, y la patria de los conquistadores de Granada y de los autores de la Poliglota, siguió produ- ciendo guerreros como los que vencieron en San Quin- tin, y sabios como los que brillaron en Trento.

JOSE GODOY ALCÁNTARA.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

LA COMEDIA.

(Continúa.)

Van cargando ya muchas mugeres. Una de las que es- tán adelante llama por señas á dos, que están en pié

(1) El Rey Católico escribió dando cuenta de todo lo ocurrido á sus principales embajadores. En el tomo 8.º de la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, que publican los Señores Salvá y Sainz de Baranda, se ha insertado la carta que con este motivo dirigió á Gonzalo Ruiz de Figueroa su embajador en Venecia. En ella no se encuentra, á pesar de estar fechado á 4.º de Julio, esto es, cuando estaban mas encuadados los ánimos, ninguna queja ni cargo contra D. Felipe, y si alguna vez aparece resentido el Católico, es solo contra los consejeros que tenian so- juzgado á su yerno. Concluye con estas palabras que en vista de los antecedentes podrían tenerse por trónicas. «Diréis... tallo lo susodicho á esa Ilma. Señara porque es cierto que folgará mucho de ver tanto amor y tan estrecha union entre mí y el Rey é la Reina mis hijos, y tanta union y paz y sosiego de muchos reinos y señorios.»

detrás de las muestras. Las llamadas, sin pedir licencia, pasan por entre las dos, pisándoles las basquiñas y descomponiéndoles los mantos. Ellas quedan diciendo: ¡hay tal grossería! Que con esta palabra se vengan las mugeres de muchas injurias. La una sacude el polvo, que le dejó en la basquiña la pisada, disparando con el dedo pulgar el dedo de enmedio; y la otra con el llano de las uñas, con ademán de tocar rasgados en una guitarra. Tráscole á una de las que están sentadas en el petriú de la delantera unas empanadas, y para comerlas se sientan en lo bajo. Con esto les queda claro, por donde ven los hombres que entran. Dice la una á la otra de las muestras: ¡ves aquel hombre entre caño, que se sienta allí á mano izquierda en el banco primero? pues es el hombre mas de bien que hay en el mundo, y que mas erida de su casa; pero bien se lo paga la picara de su muger, amancebada está con un estudiantillo, que no vale sus orejas llenas de castaños. Una que está junto á ellas, que oye la conversacion, las dice: Mis señoras, dejen vivir á cada uno con su suerte, que somos mugeres todas, y no habra maldad que no hagamos, si Dios nos olvida. Ellas bajan su voz, y prosiguen su plática. Lo que han hecho con esto, entre otras cosas malas es, que aquella muger que las reprendió, mire á aquel hombre en donde quiera que le encontrare, como á hombre que tiene poco cuidado con su honra, ó como poco dichoso en ella; y ambas son fealdades de la estimacion, y que puede ser tambien que ella lo publique, que muchos reprenden lo mismo que hacen. De allí á un poco dice la una de las muestras á la otra en tono de admiracion: Ay amiga, ¡fulanillo, que ayer herretcaba agujetas, se sienta en banco de barandillas! La otra se incorpora un poco á mirarle como á cosa estraña: pues no es gran milagro que de un pobre se haga un rico. El que murmura, ordinariamente hace mal á dos, y á dos impedidos, á un sordo, y á un ciego. El sordo es aquel de quien se murmura, porque no lo oye, y el ciego aquel delante de quien se murmura, porque no lo sabe. Si el que no lo oye le oyerá, pudiera ser que diera tal razon de sí, que quedara libre de la acusacion. ¿Quién quita que esto, que fué agujetero, tenga muy buena sangre? La naturaleza solo cuida del hombre, no de la nobleza. El noble necesitado, lo primero que quiere conservar, es la parte de hombre: por la nobleza se mira en la vida acomodada. Si para vivir no halló mas camino, que clavetear agujetas, no es de culpar que las clavetease. Despues que tuvo segura la vida por la parte del sustento, miró por la nobleza. Lo uno no es digno de calumnia, y lo otro es digno de alabanza. La muger casada que parece ruin, pudiera ser si oyerá el cargo que se le hace, que diera tan buena cuenta de sus horas, que no cupiera en ellas aquella culpa. De la manera que no es bueno todo lo que lo parece, no todo lo que lo parece es malo. Estas mugeres están condenando indefensos, á este hombre dichoso y á esta muger casada. No es buen tribunal el que condena al reo sin oírle. Luego le están poniendo á aquella muger que las escucha, que no sabia nada de aquello, tropiezos para que en virtud del mal ejemplo caiga en la misma flaqueza que la casada, ó en el pecado de la murmuracion por lo que ha oído. Ya la cazuela estaba cubierta, cuando he aquí el apretador (este es un portero, que desahueca allí á las mugeres, para que quepan mas) con cuatro mugeres tapadas y lu-

cidias, que porque le han dado ocho cuartos viene á acomodarlas. Llegase á muestras mugeres y dícelas, que se embaban: ellas lo resisten; él porfia, las otras se van llegando descubriendo unos tapapiés que chispean oro. Las otras dicen que vinieran temprano, y tuvieran buen lugar. Una de las otras dice que las mugeres como ellas á cualquiera hora vienen temprano para tenerle bueno: ¡y sabe Dios como son ellas! Déjense en fin caer sobre las que están sentadas, que por salir de debajo de ellas, las hacen lugar, sin saber lo que se hacen. Refunfuñan las unas, responden las otras, y al fin quedan todas en calma. Ya son las dos y media y empieza la hambre á llamar muy recio en las que no han comido. Bien dieran muestras mugeres á aquella hora otros diez cuartos por estar en su casa. Yo me holgara mucho que todos los que van á la comedia fueran en ayunas, porque tuvieran las pasiones mortificadas, por si hay algo en ella, que irrite las pasiones. Una de las mugeres que acomodó el apretador, descubriendo una cara digna de regalós dá á cada una de nuestras mugeres un puñado de ciruelas de Génova y huevos de faltriguera, diciéndolas: Ea, seamos amigas y coman de esos dulces que me dió un bobo. Ellas los reciben de muy buena gana, y empiezan á comer con la misma que si fueran uvas. Quisieran hablar con la que las hizo el regalo, en señal de cariño; pero por no dejar de mascar, no hablan. A este tiempo en la puerta de la cazuela arman unos moxuelos una pendencia con los cobradores, sobre que dejen entrar unas mugeres de balde, y entran riñendo unos con otros en la cazuela: aquí es la confusion y el alboroto. Levántanse desatinadas las mugeres, y por huir de los que riñen, caen unas sobre otras. Ellos no reparan en lo que pisan, y las trean entre los pies, como si fueran sus mugeres. Los que suben del patio á sosegar, ó á socorrer, dan los encontrones á las que embarazan, que las echan á rodar. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la cazuela; y unas á gatas y otras corriendo, se van á los rincones. Saca al fin á los hombres de allí la justicia, y ninguna toma el lugar que tenia, cada una se sienta en el que se halla. Queda una de nuestras mugeres en el banco postrero, y la otra junto á la puerta. La que está aquí no halla los guantes, y halla un desgarrón en el manto. La que está allí está echando sangre por las narices de un codazo que la dió uno de los de la pendencia: quiere limpiarse, y hásele perdido el pañuelo, y socórrese de las enagitas de bayeta. Todo es lamentaciones y buscar alhajas. Salen las guitarras y sosiegáanse. La que está junto á la puerta de la cazuela, oye á los representantes y no los vé. La que está en el banco último los vé y no los oye, con que ninguna vé comedia, porque las comedias ni se oyen sin ojos, ni se ven sin oídos: las acciones hablan gran parte; y si no se oyen las palabras, son las acciones mudas. Acábase en fin la comedia como si para ellas no se hubiera empezado. Júntase las dos vecinas á la salida, y dice la una á la otra que espere un poco, porque se le ha desatado la basquiña. Vasela á atar, y echa menos la llave de su puerta, que iba en aquella cinta atada: atribulase increíblemente, y empiezan á preguntar las dos á las mugeres que van saliendo, si han topado una llave. Unas se rien, otras no responden, y las que mejor lo hacen, las desconsuelan con decir que no la han visto. Acaban de salir todas, ya

es boca de noche, van á la tienda de enfrente y compran una vela. Con ella la buscan; pero no la hallan. El que ha de cerrar el corral las da prisa, y ellas se fatigan. Ya desesperan del buen suceso, cuando la compañera ve hacia un rincón una cosa que relumbra lejos de allí. Van allá, y ven que es la llave, que está á medio colar entre dos tablas; recógenla, bajan á la calle, y antes de matar la vela, buscan para hacerle manija un papelillo: mántanla, fijanla, y caminan. ¡Brava tarde, mis señoras, lindamente se han holgado! A esto me dirán, que á ninguno sucede todo esto. Y yo respondo, que á muchas sucede mucho más, á algunas algo menos, y á cualquiera mucho.

Abreviado por J. E. HARTZENBESCH.

AMENA LITERATURA.

LA SORPRESA.

I.

—Tello; mi buen paje, ¿qué descompostura es esa? ¿Qué lágrimas te se agolpan á los ojos? Tu caballo viene cansado, tu caballo á par de los míos, hijo del viento, jamás vencido, ni en la carrera ni por la fatiga, ¿cómo se rinde al acicate? . . . Pero tu señora, la amada de mi corazón, ¿qué hace? ¿qué nuevas me envía? El alzamiento de esos moriscos no habrá por ventura ganado todavía las esperanzas de Orgiva y presto, presto mi buen amigo el marqués de Mondejar, con sus feroces y caballeros y yo con ellos iremos á poner en seguro aquella villa, y á castigar la desventura y las maldades de esos descreídos: pero nuevas, nuevas te pido de tu señora.

—A caballo, á caballo, señor; hace tres noches que los moriscos de tu alcáidía se alzaron: los lebaniscos, y montes de las taas vecinas acandillados por Aben-Farax entraron de rebato en la villa; los moriscos que sin duda estaban de concierto con él se le unieron, y apenas los cristianos viejos y la gente de tu casa pudimos recogerlos al castillo, apertillado por todas partes desde las guerras pasadas.

—Aben-Farax! ese del linaje de los antiguos Aben-Cerrajes, que creyó con tales títulos, y por su destreza en las cañas, parejas y zurizas poder alzar los ojos á tu señora, á mi Elvira: á caballo, á caballo, mi buen paje: el castillo mantendrá todavía, los continuos de mi casa son resueltos; y por defender á su señora, por vengar los ultrajes hechos á la cruz, ¿qué no harán? A caballo, á caballo, mi buen paje: siganme mis amigos y escuderos; en pocas horas estaremos en Orgiva, y de cerca nos seguirá el Marqués; nosotros libraremos la villa y juntos vengaremos la sangre de los mártires; castigaremos la rebelión de esos descreídos.

—A caballo, á caballo, mi señor; á las del pensamiento fueran tardas para nuestra empresa: héme aquí las vestiduras rasgadas de los tiros de ballesta, y no cabales los plumajes del sombrero al rehilar de la lanza de Aben-Farax. Cuando salí por los muros apertillados para tracers tan malas nuevas ya los moriscos se mejoraban en ellos: ya los cristianos que se recogieron en la iglesia, inflamada la torre, y forzadas las puertas

habían caído en manos de los alzados, sufriendo mil lastimas y martirios horriblos: al trasponer los otros de la villa, corriendo, corriendo en un caballo como el viento, la vocería de los bárbaros, y el crujió de la arcabuceria me hizo mirar atrás, y ya los vi cabalgar unos sobre los adarbes; otros llevando por delante los cristianos cautivos desviar así los golpes y tiros de los nuestros, y todos á punto ya de entrar en el último recinto. Al llegar yo á los muros de Granada; al tocar los umbrales de tu palacio ya he dado la voz de alarma por todas partes y á tales nuevas ya los caballeros de la ciudad te esperan para que los lleves á libertar á Doña Elvira, ya que para más no sea tiempo; pues toda la tierra anda yaalzada y no hay tiempo para más.

—A caballo, á caballo, caballeros y escuderos; á caballo á caballo.

Ya briosos don Lope y su paje
cojen saltando al aire el arzon;
ya cabalgan y al son de añafles
sigue en silencio el noble escuadron.

II.

—La torre de Orgiva defendiase aun, y los moriscos que ponian gran precio en rendirla la combatian con teson y rabia, y bien que los sitiados les herian á muchos y mataban á no pocos no por eso desistían y alojaban en su intento. Para llevarlo á cabo dispusieron dos mantas de fuertes maderos resguardados por arriba con lana mojada y otros aprestos, para que allegados á los muros por ruedas, al abrigo de ellas poder picarlos, apuntarlos, y pegando despues fuego á todo el aparato con tascos y cañamo untado con aceite que para el caso llevaban, desplomar y dar con la torre en el suelo, única defensa que ya quedaba á los cristianos. Antes de que estuviere á punto una de las mantas, lograron los sitiados ponerla fuego, pero la otra llegó á fin y todo apresto, y con ella comenzaron á batir la torre. Los barbaros capitaneados por Aben-Farax y á salvo de las armas arrojadas de los cristianos por ir dentro de aquella máquina, llegaron hasta el muro y luego comenzaron á picarlo y cavarle desesperadamente. Las defensas de los sitiados poco ó ningun efecto hacian en aquella techumbre que rechazaba el fuego y resistía á las piedras que sobre ella caian: el peligro se aumentaba, subía al cielo la vocería de los bárbaros, y crecía la zozobra de los combatidos cristianos...

(Concluirá.)

EL SOLITARIO.

CRONICA.

*. En el próximo cuaderno del SIGLO PINTORESCO, se publicará un gran trozo de poema que está escribiendo el señor Zorrilla

*. *El que menos corre rueda:* este es el título de una lindísima comedia de los Sres. Bonoel y Valladares, que se está representando con merecido aplauso en el teatro del Príncipe.

*. Cuando tan descomulgados han estado entre nosotros los libros dedicados á la niñez, digna es de recomendación la colección de conocimientos útiles y agradables que anunciamos en la última plana de este número.



EDUCACION FAMILIAR DE LOS NIÑOS.

Repertorio de conocimientos útiles y agradables á la niñez.

Esta obra se publica los días quince y último de cada mes en tomos de 96 páginas con tres bonitos grabados como los que acompañan á este anuncio, y su cubierta. El precio en Madrid es de un real tomo.

La correspondencia se dirigirá franca á D. Francisco Aliot, calle del Caballero de Gracia núm. 41, cuarto tercero de la derecha.

